

# ESTOY BIEN



Cada noche permanecía un momento en el automóvil antes de subir al apartamento. Apagaba el motor, apoyaba la cabeza sobre el volante y respiraba antes de entrar. Besaba a su novia y, cuando ella preguntaba por su día, respondía: «Estoy bien».

Pero no lo estaba. En el trabajo comenzaron los despidos, las deudas aumentaban y la renta estaba por vencer. Apenas dormía pensando en cómo sostener la vida que construían juntos. Callaba porque creía que un hombre debía llevar soluciones a casa, nunca problemas.

Ella notó las cenas intactas, las madrugadas mirando el techo y los silencios al desayunar. Intentaba acercarse, pero cambiaba de tema o fingía estar cansado. Comenzó a pensar que ya no la amaba, que se arrepentía de vivir con ella o que existía otra persona.

Una noche encontró una maleta junto a la puerta. Ella estaba cansada de compartir su hogar con alguien que no le permitía entrar en su vida. Él quiso abrazarla y repetir que todo estaba bien, pero al verla llorar comprendió que esas palabras podían dejarlo solo.

Entonces confesó que temía perder el empleo, decepcionarla y no poder pagar las cuentas. Admitió que se quedaba en el automóvil porque no quería subir con sus preocupaciones. Había callado para protegerla, sin entender que también la alejaba. Ella tomó su mano y le recordó que vivir juntos significaba enfrentar juntos los días difíciles.

La maleta permaneció junto a la puerta, pero ella se quedó. Los problemas no desaparecieron aquella noche; desapareció el silencio. Mientras ella sostenía su mano, él comprendió que pedir ayuda no lo hacía menos hombre. A veces, ser fuerte también significaba dejar de decir «estoy bien» y admitir que aún no podía con todo.